

# la contra

LA VANGUARDIA

LLIBERT TEIXIDÓ

## “La identidad europea se aprecia desde lejos”

Tengo 76 años y sigo esquiando. **Nací en Belgrado, pero he vivido en el mundo: hablo siete lenguas.** Presido el Centro Europeo de la Cultura inspirado por Monet y Madariaga, y creado por Rougemont. **He estado casado con una griega, una francosuiza y una italo-suiza: tres hijos.** Europa sólo prospera unida. **Participo en el Eurocongrés**

ASESORA A LA CONVENCION EUROPEA



DUSAN SIDJANSKI

### SIN CERRAR

*Goza de una envidiable cabellera y una robusta constitución eslavas y rasgos de hombre enérgico que contrastan con una cortesía exquisita de quien está siempre dispuesto a escuchar antes de hablarte en tu lengua. Conversamos en buen castellano, pero él podría hacerlo en otros seis idiomas perfectamente. Lamento no poder descender aquí en detalle a sus propuestas, toda una vida de estudio, para la Constitución Europea, pues exceden si no la ambición, sí las dimensiones de “la contra”. En esencia, Dusan propone una Unión Europea no presidencial, poliédrica y policéntrica de integración asimétrica siempre en proceso de inventarse a sí misma, nunca cerrada, en la que sea muy fácil entrar e integrarse cada vez más para que no valga la pena separarse nunca*

**N**ací en Belgrado, pero desde la cuna me hablaron en serbo-croata y francés. Cuando empezó la II Guerra Mundial huimos a Dubrovnik y después a Split, justo a tiempo para presenciar cómo tropas italianas y alemanas se daban la mano allí dando por anexada nuestra patria. Al ver el desfile lloramos. Mi padre también.

—¿Huyeron?

—Sí. Pasamos a Trieste y Padua y allí me encontré a un amigo serbio de mi edad, un adolescente que me explicó, muy indiscreto, que él y su familia huían a Suiza. Se lo conté a mi padre que dijo: “¡Pasado mañana todos a Suiza!” y así nos gastamos nuestro dinero en pagar a una red de huida clandestina.

—¿Era peligroso?

—Desde la estación de Milán, atravesamos un mar de camisetas negras fascistas y de las SS, pero al final del trayecto del tren estaba el pueblecito de Tirano y allí un señor nos guió atravesando los montes hasta Suiza.

—¿Valió la pena?

—Los suizos fueron maravillosos con nosotros y estudié allí mi bachillerato, pero cuando acabó la guerra mi padre estaba convencido de que empezaría la Tercera Guerra Mundial entre comunistas y norteamericanos...

—No era el único.

—Así que nos fuimos a Venezuela. Yo ya había estudiado Derecho y trabajaba en mi tesis sobre el Federalismo Internacional.

—No me extraña, con esa infancia...

—Sí, era una obsesión de las mejores mentes de la época: unir Europa para acabar con las guerras. Además, al llegar a Venezuela me di cuenta de que Europa tiene una identidad sobre todo cuando estás lejos. Cuando estás dentro de Europa las diferencias entre países te impiden ver esa identidad común, pero cuando estás lejos la identificas en seguida.

—Lo he vivido.

—Y yo viví con horror un periodo de dicta-

dores en Venezuela hasta que regresé a Suiza para hacer mi doctorado y así conocí a Denis de Rougemont, el colaborador de Salvador de Madariaga que redactó la resolución del Congreso Europeo de La Haya en 1948.

—¿De qué se habló allí entonces?

—El mundo estaba horrorizado aún por la guerra y buscaba ese federalismo europeo que acabara con las guerras que se sucedían en el Viejo Continente. Jean Monet en economía y el español exiliado Salvador de Madariaga en cultura fueron los inspiradores del congreso. Allí se creó el Centro Europeo de la Cultura (CEC) en Ginebra que hoy presido.

—Un centro federalista en Suiza, país que ni siquiera quería ser de la ONU...

—Se adhirió en septiembre del 2002. Pero Suiza fue la nación donde nació la idea de la nueva Europa unida y fue país avanzado del federalismo que es su identidad y del diálogo de culturas que es el objetivo del CEC.

—¿Qué le parece la Convención Europea?

—He asesorado a D’Estaing y Amato con lo que modestamente entiendo puede servir. Me temo que el peligro está en que D’Estaing aplique una geometría política caduca.

—¿A qué se refiere?

—Que no tiene por qué haber un solo centro y una sola simetría. Yo creo que la UE puede admitir muchos niveles de integración, un federalismo asimétrico, en el que cada país decida hasta qué punto quiere integrarse. No pongamos límites ni moldes a una realidad que es plural y compleja. De hecho, el euro ya supone un núcleo duro del que se autoexcluyen algunos países...

—...De momento.

—Esa es la clave, que siempre esté la puerta abierta y no, como apunta Giscard, que existan fechas, plazos, niveles, exclusiones. ¿Qué hay de malo en que el modelo de Europa esté siempre abierto?

—¿Siempre en construcción?

—Sí. No se puede obligar a los países a acep-

tar todo el paquete de integración o quedarse totalmente fuera. Al contrario, un país puede no estar en el euro, pero sí en Schengen o sólo en la unión económica...

—¿Y en la unión militar?

—No es tan importante tener un Ejército europeo como una voluntad unificada al dirigirlo y me temo que hemos demostrado últimamente que, aunque hubiera ejército europeo, no habría órdenes claras.

—Lo de Iraq...

—Sobre todo lo de Yugoslavia. Aquello sí que fue una crisis europea porque dividió al núcleo: Alemania era procroata y Francia proserbia. Y serbios, croatas y musulmanes bosnios estaban enloquecidos...

—¿Conoció a Milosevic?

—Me entrevisté con él durante más de una hora a solas: quería ser presidente o de Yugoslavia o de una gran Serbia. La cosa ha acabado con la Serbia más pequeña de la historia. Pero Franco Tudjman, el croata, también era otro peligrosísimo anexionista...

—No era un pacifista, desde luego.

—Y Alia Izetbegovic, el líder bosnio musulmán, escribió que serían territorio islámico “por las urnas o por las armas”.

—Demasiadas armas.

—Sí, pero si no es por la intervención extranjera, todavía seguiría la carnicería. Al final, los mejores cerebros de las tres comunidades han optado por emigrar, aburridos de guerras.

—Así era la historia de Europa.

—Sí, por eso creo que debemos seguir avanzando en la colegiación de las decisiones que afectan a la seguridad de todos.

—Eso llevará décadas...

—Sí, pero en la medida en que la política exterior ha dejado de ser un asunto estrictamente nacional, hemos dejado de lamentar conflictos. No se trata tanto de cerrar procesos como de seguir avanzando juntos.

LLUÍS AMIGUET